

Una prueba convertida en bendición

Testimonio de fe

Nadhy Sumaly Dunkley Arjona

Una prueba convertida en bendición

© Nadhy Sumaly Dunkley Arjona

Todos los derechos reservados.

Textos bíblicos tomados de la RVR 1960

© 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.

Impreso en Estados Unidos de América

Índice

Prólogo	7
Al lector	8
1 Llega la prueba a mi vida	11
2 Ante la desesperación	14
3 Una nueva situación	17
4 De mal en peor	20
5 En busca de una solución	23
6 Desvanecen las esperanzas	26
7 Al borde de la muerte	29
8 Manos abiertas	32
9 Regalo de Navidad	35
10 Otra situación dolorosa	38
11 Continúan las pruebas	41
12 Cada día un nuevo reto	45
13 En espera de un milagro	48
14 De regreso al hospital	51
15 Un sueño y un milagro	56
16 Ministerio Libertad en Cristo	59
17 Apoyo de amigos	62
18 Terapia intensiva	69
19 Cambios graduales por fe	69
20 Cada paso una victoria	73
21 Conquista de las escaleras	77
22 Estudios universitarios	81
23 Apoyo de mi familia	86
24 Viaje a Puerto Rico	90
25 Un nuevo comienzo	93
26 La fe mueve montañas	96
Testimonios	101
Palabras finales	107
Acerca de la autora	108
Fotografías	109

Dedicatoria

*Este libro está inspirado en mi fe, de que todas las cosas
son posibles para Dios y para el que cree.*

*Lo dedico con todo cariño a todas las personas a quienes
les han negado una esperanza de vida, que tengan algún
sufrimiento o dolor, o que hayan desmayado en la fe.*

*Quiero decirles que esperen en el Señor según su voluntad,
fortaleciendo y restaurando su vida y que tengan por capitán
a Jesucristo que les dará la victoria.*

Reconocimientos

Estoy muy agradecida a nuestro Señor Jesucristo por haberme dado la fortaleza en todo momento y por haberme restaurado. “Él es fiel y nunca nos abandona.”

Deseo agradecer a muchas personas que a lo largo de mi vida y de estos años han estado a mi lado, dándome apoyo moral y espiritual de forma incondicional, como el Señor puso en sus corazones.

A mis padres Marco y Lastenia, que me dieron el privilegio de vivir en un hogar cristiano, con una formación llena de actitudes saludables y de buenos ejemplos, a mi hermana Amuy por todos aquellos momentos de risas y de llantos que compartimos juntas, a mi abuela Urania, a mi tía Teresa, a tía Jackeline, quienes entregaron su tiempo y dedicación desde mi infancia en una forma cariñosa y con mucho amor.

Agradezco la ayuda brindada por el escritor Luis Bernal Lumpuy que me ha guiado y ha revisado mis primeros escritos, dándome los mejores consejos. Desde el primer momento que lo conocí y le conté mi historia, me apoyó para que siguiera adelante con la realización de esta obra.

Doy gracias a Kerstin Anderas Vda. de Lundquist, escritora y correctora de estilo, por haber hecho una revisión final del texto, mejorándolo gracias a su pericia y a su experiencia. Le agradezco también por su valiosa colaboración en todo el proceso de publicación de este libro.

También deseo agradecer al Instituto Episcopal San José y a sus profesores que me apoyaron para que pudiera graduarme de bachillerato en la promoción 2001, a pesar de tantos obstáculos.

A la licenciada Ruth de la Cruz, quien con toda su generosidad y cariño me ayudó a fortalecerme y me animó en las difíciles terapias físicas. El Señor la usó de gran manera.

A la hermana Dodie Osteen y a su familia, que fueron de inspiración para mí al ver esa fe tan grande de ella, creyendo que el Señor es un Dios

de lo imposible. En la iglesia *Lakewood*, Houston, Texas, ocurrió un milagro en que mis manos fueron abiertas.

Al hermano Gonzalo Andrade y a su esposa Gisela Vega, quienes me brindaron todo su cariño, su apoyo, y sus tiempos de oración.

Agradezco el apoyo de mi hermano y amigo Emanuel González, que desde el día en que me conoció y le compartí este testimonio me dio su apoyo en oración.

Aprecio mucho el cariño y el amor que me han brindado los amigos que estuvieron conmigo en todos los momentos difíciles. Agradezco a Maryorie, a mi primo Jorge, y a Débora Vargas y su familia que me brindaron su hospitalidad en Puerto Rico.

Hubo otras personas especiales a lo largo de este tiempo. Personal médico del Seguro Social, personas que me animaban a seguir adelante sin que yo las conociera, hermanos en Cristo que hacían cadena de oración por mi recuperación, iglesias que estuvieron pendientes de mí, orando en todo tiempo. A los hermanos del ministerio “Libertad en Cristo” que nació en nuestro hogar, gracias también por su apoyo.

Con la ayuda del Señor y de todos ustedes, he podido contar esta historia.

Prólogo

Un domingo por la mañana vi llegar a una pequeña iglesia bautista de la ciudad de David, en Panamá, donde me encontraba de visita, un vehículo del que un hombre bajó con mucho cuidado dos sillas de ruedas en las que estaban su esposa y su hija.

Me impresionó la atención y el cariño con que aquel hombre trataba a las personas en la silla de ruedas, ya que mostraba un amor que trascendía su propio dolor. Me impresionó también la belleza de la adolescente que iba en una de las sillas. Irradiaba su rostro una sonrisa de esperanza. La madre, que la acompañaba en la otra silla, mostraba el gozo de quien sabe que Dios tiene en sus manos el futuro de nuestra vida.

Varios años después visité el hogar de la familia Dunkley Arjona en la ciudad de La Chorrera, cerca de la Ciudad de Panamá. Fue grande mi sorpresa al encontrarme allí con aquella misma muchachita de la silla de ruedas. Ahora era una jovencita que se movía y andaba con toda libertad y que tenía una linda historia que contar. Sus manos podían sacar lindas melodías de su guitarra, y en su voz delicada me contó la historia de lo que Dios había hecho con ella. Y esa es la historia que Nadhy Dunkley relata en este libro.

De una forma dinámica y amena, Nadhy nos habla de tú a tú en estas páginas cargadas de emoción. Su testimonio nos anima a vivir y a buscar las bendiciones de Dios. Su vida es un testimonio vivo de que Dios puede hacer lo que para nosotros parece imposible.

Luis Bernal Lumpuy

Al lector

Muchas veces en nuestra vida atravesamos por circunstancias que no comprendemos y en las que no sabemos qué hacer. Tal vez estés pasando hoy por una situación difícil, crees que no tienes una salida y ves cómo te dan la espalda personas que suponías que debían apoyarte.

Ten presente que nunca nos sucede nada por casualidad. Detrás de toda situación difícil hay un propósito y una esperanza. No estás solo. Dios nunca nos abandona. Él está siempre presente en cada circunstancia. En estas ocasiones Dios se manifiesta y obra de acuerdo con su gracia y misericordia. Cuando pasamos por pruebas, aprendemos a confiar sólo en Él y nuestro amor a Dios se fortalece.

Quiero contarte cómo Dios cambió mi vida a través de una prueba a una edad temprana. Prueba que al pasar los años se convirtió en una bendición. He aprendido muchas cosas, y una de ellas es a poner toda mi confianza en Él.

Nunca debemos rendirnos ante situaciones difíciles. Dios nos dice en su Palabra: *“Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas”* (Josué 1:9). El Señor nos habla y nos da promesas a través de la Biblia. Nosotros sólo tenemos que aferrarnos a ella.

En realidad, las pruebas que se nos presentan nos permiten aprender a tener más fe. Dios obra en nosotros por medio de las circunstancias difíciles. Pero recuerda, todas las cosas son posibles para los que creen en Él.

Dios tiene la última palabra

Amigo lector, nunca dejes de orar, ya que esa relación personal entre Dios y tú te ayuda a fortalecer cada día más tu fe. La Palabra de Dios es clara al dar Jesús sus recomendaciones a los discípulos:

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mateo 7:7-8).

Tengo plena confianza en que, cuando me acerco a Dios en oración cada día, Él está dispuesto a escucharme. Me pregunto por qué Dios me permitió vivir esta prueba. Sin embargo, comprendo que todo era para bendición, no sólo en mi vida, sino también para las personas que están a mi alrededor y a las que Él me permitió conocer a través de estos años. Si en este momento te sientes afligido, herido, triste y sin salida, ten presente que hay un Dios que está muy cerca de ti, que te habla diariamente, y que quiere que lo busques. Todos pasamos por experiencias muy dolorosas en los caminos de la vida. Muchas veces nos hemos sentido abandonados, rechazados por nuestros amigos. Es ahí donde nuestra fe es probada y donde nos debemos mantener firmes. En esos momentos nos damos cuenta de quién es nuestro mejor y fiel amigo, Jesucristo. Él jamás haría algo que pueda destruir nuestra vida. Debemos confiar por completo en Él y mostrar una dependencia total de Dios.

En este libro quiero contarte mi historia, cómo Dios convirtió una prueba en una bendición, cómo obró en mi vida y en la de toda mi familia. Le doy gracias a Dios porque me ha mostrado su fidelidad. Te invito a que confíes siempre en Él. Dios nunca nos abandona. Espero que mi testimonio sea de mucha bendición para ti.

Nadhy

Llega la prueba a mi vida

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida...

1 Corintios 10:13

Crecí en un hogar cristiano. Tuve una infancia como cualquier otro niño. Fui muy saludable. Me encantaba salir todas las tardes a caminar alrededor de mi casa, montar en bicicleta, correr, y hacer otras actividades propias de la edad.

Recuerdo el día que me hablaron de Jesucristo, a la edad de doce años. En esa oportunidad le abrí mi corazón, aceptándolo como Señor y Salvador de mi vida. Fue la mejor decisión que pude tomar.

Mi madre se encontraba en una silla de ruedas por una negligencia médica ocurrida años atrás; pero eso no fue impedimento para que, como familia, siguiéramos adelante. Mi hermana y yo tuvimos una infancia feliz, y le dábamos gracias a Dios por los padres que nos había dado. Dios había escogido nuestra familia.

El 29 de mayo de 1998 mi vida y la de mi familia cambiaron por completo. Nunca pensé que, comenzando a la edad de catorce años, pasara por tantas pruebas. Menos aun imaginaba que detrás de tanto sufrimiento había un gran propósito.

Mi hermana y yo fuimos de paseo a un lugar llamado la Yeguada, de Santiago de Veraguas, a unos doscientos kilómetros de la Ciudad de Panamá. Era una actividad del colegio al que asistíamos. Al regresar ese día, yo estaba sentada en una hielera porque no había puestos desocupados

en el vehículo en que viajábamos. Debido al constante movimiento sufrí un golpe en las piernas. El dolor era algo intenso, pero me consolaba pensando que en uno o dos días ya estaría restablecida y continuaría mi vida de una manera normal.

Llegué a mi casa y, contra todos mis cálculos, el dolor aumentaba. Pasé mucho tiempo tomando calmantes. Al día siguiente no soportaba el dolor, por lo que mis padres me llevaron al médico. Me hicieron varios exámenes que no dieron solución alguna a mi problema.

Mi caso comenzó a complicarse, quedando yo a esa edad limitada a una silla de ruedas. Tuve que suspender mis clases por un tiempo, pero nunca faltaba a ningún examen. Aunque mis compañeros me visitaban a diario y me mantenían actualizada, me entristecía cuando tenía que hacer un examen sentada en una silla de ruedas en el aula de los profesores.

Esta situación empezó a enseñarme a ver la vida desde otro ángulo, a sonreír en medio del dolor. En mi mente decía: “Nadhy, esto sólo va a durar un par de días, y vas a volver a hacer todas las cosas que te encantan.”

El médico me indicó la terapia física en el Hospital Nicolás Solano de la localidad, ya que mi situación se complicaba cada vez más con el paso de los días. No podía doblar la pierna izquierda. Acudí a las terapias y allí trataban de flexionármela con ejercicios; pero no podían. Me causaba mucho dolor y lloraba. No obstante, soportaba con la única esperanza de que pronto estuviera bien. Me asustaba ver que, al terminar mis terapias (de cuarenta y cinco minutos a una hora), mi pierna izquierda quedaba con un movimiento continuo e involuntario por varios minutos.

Pasaron tres meses y seguía con la misma rutina, sin tener un resultado satisfactorio. El ortopeda que me atendía me remitió a otro especialista. Comenzaba un itinerario interminable. Todos me recibían con la promesa de que mejoraría, pero el tiempo me mostraba una realidad muy diferente.

En el mes de agosto me aplicaron una inyección en la columna para disminuir la molestia que tenía, pero las cosas se complicaron porque me causó un movimiento involuntario continuo en las piernas que me hacía moverme ciento veinte veces por minuto sin parar. Esto me imposibilitaba mucho más y me provocaba desesperación. Pensaba que estaba soñando, y le preguntaba al Señor por qué. Eran muchas las preguntas que me hacía, pero algo dentro de mí iba cambiando. Decía: “Esto no me va

impedir continuar; no puedo dejar morir mis sueños. Nadhy, todo va a salir bien, tienes que seguir adelante.” Fue entonces cuando mi relación con Dios comenzó a ser más continua. Él trataba conmigo y con toda mi familia.

Querido lector:

Podemos describir esta vida como una carrera en la cual se nos presentan obstáculos, una carrera dispuesta por Dios. Para correr la carrera necesitamos conocer la ruta. La Biblia es nuestro mejor mapa, y también brújula y guía. Dios quiere enseñarnos grandes cosas. Quiere convertir en bendición cualquier situación por la que atravesamos.

A través de este libro quiero dar testimonio de la gran obra que Dios ha hecho en mi vida y animarte a que no te detengas, pues después de la tempestad viene la calma. En medio de cualquier situación tu vida puede ser de bendición para otros. Comienza a salvar esos grandes obstáculos con la mejor actitud posible. Comienza a influir en la vida de otros con el testimonio de tu vida. Ten por seguro que Dios está a tu lado.

2

Ante la desesperación

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.

2 Corintios 4:16

Cuando vienen pruebas a nuestra vida, por lo general nos desesperamos y nos preguntamos: “¿Por qué a mí, Señor? ¿Dónde estás cuando más te necesito?”

Muchas veces pensamos que en nuestra vida no pueden existir los problemas, que estos deben estar lejos de nosotros. Entonces, cuando se presentan, nos desilusionamos y queremos huir de ellos. Pero debemos estar decididos a seguir con Dios en medio de las tormentas, confiados en que Él nos llevará en sus brazos.

La condición en que me encontraba era desesperante. El movimiento involuntario en mis piernas me imposibilitaba caminar. ¡Ciento veinte veces por minutos sin parar! Esto me confinó de forma permanente en una silla de ruedas.

Mis padres empezaron a llevarme a médicos de diferentes especialidades (neurólogos, ortopedas, fisiatras, etc.) pero ninguno daba una respuesta de lo que tenía. Decían que nunca habían visto un caso como el mío; que era el primero que se daba en Panamá.

El 13 de agosto, la médica que me atendía me remitió al Centro de Rehabilitación para Impedidos, para que me atendiera una fisiatra, la cual quedó asombrada al igual que los demás. A pesar de esto se interesaron en mi enfermedad. Fui bien recibida por el personal médico, y me hospitalizaron para darme medicamentos y realizarme diversos

exámenes. Pero una vez más no hubo una respuesta satisfactoria, ya que no veían mejoría alguna.

El tiempo pasaba. Lo que pensaba que iba a mejorar en días ya se extendía a meses. Yo era una joven con buena condición física y muy activa. Extrañaba mi bicicleta, mis tardes de natación, mis deportes favoritos, mi colegio, y mi iglesia querida.

A pesar de lo que me estaba ocurriendo, no quise abandonar mis estudios. En una silla de ruedas y con ese movimiento involuntario, regresé al colegio. Fue algo conmovedor para mis compañeros y profesores el verme en esa situación.

Ciertamente mi vida había cambiado; sólo me quedaba confiar en el Señor. Buscando en la Biblia, Dios me dio una promesa: *“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”* (Ro 5:3-5).

Muchas personas no podían creer lo que me estaba ocurriendo y a mis padres les era doloroso verme así sin poder hacer nada. Mi hermana con quien compartía juegos y obligaciones me apoyaba, aunque disimulaba su tristeza por mí. Los hermanos de la iglesia, las visitas que concurrían a mi casa, mis compañeros del colegio, mis profesores, y cuantas personas conocía, creo que se planteaban los mismos interrogantes. Nos confortaba lo que algunos médicos nos habían dicho: “Sólo nos queda orar.”

La médica que trabajaba en el Centro de Rehabilitación, y que ya me había atendido varias veces, me dio ingreso en un plan de terapia en este centro, sin una respuesta a mi condición y con la esperanza de encontrar alguna mejoría al movimiento que tenía.

Viajaba cuarenta y cinco minutos todos los días para llegar a ese centro. Pasaron dos meses y todo seguía igual. Los médicos y la terapeuta que me atendían mostraron mucho interés. Esa nueva situación de viajar a la Ciudad de Panamá, sin alcanzar la recuperación deseada, repercutía de dos maneras en mi vida: físicamente, me agotaba e interiormente, me entristecía. Pero Dios me fortalecía.

Había cosas que no entendía. Por mi mente pasaban diversidad de preguntas, interiormente ocurrían cambios; pero sabía que tenía que seguir esperando. A pesar de mi situación, continuaba con mis estudios.

Al verme en esa situación, una profesora del colegio en que estudiaba me consiguió una cita con un grupo de médicos especialistas extranjeros que atendían a niños minusválidos. Fui a esta cita con la esperanza de que encontrarían una respuesta a mi problema, pero no fue así. Estos médicos llegaron a la conclusión de que mi enfermedad no tenía cura. Sólo decían: “No te vas a recuperar.” En ese momento yo no entendía, me sentía destrozada. Ese día, al subir al auto, no me salían las palabras; en mi mente había un mundo de interrogantes que ni mis padres ni yo podíamos responder. Ellos trataban de consolarme: “Nadhy, esto no puede ser cierto. Tú te vas a levantar y vas a continuar; no puedes dejar de luchar.”

Querido lector:

Las dificultades son dolorosas, e inevitables; pero Dios no nos da nada que no podamos soportar. Aunque parezca que no hay salida, el Señor está obrando, nuestro hombre interior se fortalece, y comienzan a ocurrir cambios.

Yo no entendía lo que me estaba ocurriendo en mi vida; pero al pasar el tiempo pude darme cuenta de que el Señor tenía un propósito para mí y para mi familia. En medio de la tribulación encontramos la paz y la protección de Dios. En el amor de nuestro Señor Jesucristo teníamos confianza y seguridad a pesar de las circunstancias.

Siempre vendrán pruebas, pues es mediante ellas que nuestro carácter se transforma; aprendemos a tener paciencia y nuestra confianza en Dios se profundiza aun más.

A veces nos encontramos en circunstancias que no entendemos. Pero Dios tiene todos nuestros problemas en sus manos, Él está ahí para escucharnos y para respondernos. Isaías 65:24 dice: *“Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído.”*

Si estás pasando por alguna prueba, ten presente esto: el Señor siempre estará contigo, porque Él ha prometido estar con nosotros todos los días. ¡No temas!

Una nueva situación

Por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

2 Corintios 12:10

No había una solución a mi impedimento. En 1999, la situación en vez de mejorar empezó a complicarse. Llegó un momento en que empecé a perder mis fuerzas. En el mes de junio, mis dos manos se cerraron, perdieron su movilidad por completo. Al ocurrir esto, todo se agravó tanto para mí como para el resto de mi familia. Me enfrentaba a una nueva situación que no esperaba. Al ver mis manos así me desesperaba, puesto que ya no podía hacer distintas actividades que me encantaban, como tocar la guitarra, salir en las tardes a caminar. Mi mundo cambiaba una vez más.

Dependía por completo de otras personas para satisfacer mis necesidades personales. Esto era muy duro para mí y decía: “Esto no me puede suceder.” Esa niña enérgica de meses atrás se estaba debilitando, pero lo que no sabía era que interiormente el Señor me fortalecía.

Para mi familia era muy duro verme en ese estado, sin poder hacer nada para ayudarme. Ahora no sólo me encontraba imposibilitada de mis piernas, sino también de mis manos. Mis deseos de seguir luchando aun permanecían; quería continuar mis estudios. Se me hacía más difícil porque todos los exámenes tenía que hacerlos de forma oral. Muy dentro de mí me decía: “*Nadhy, no puedes dejar morir tus sueños.*”

Le daba gracias a Dios por mi familia que siempre estaba ahí para apoyarme; por las personas que me permitió conocer al pasar el tiempo, que de una forma u otra influyeron en mi vida. Empecé a confiar

plenamente en el Señor. Podía darme cuenta de que detrás de esta prueba había un propósito.

Para los médicos el caso se les complicaba; seguían sin entender lo que estaba sucediendo. Estando en ese estado era más difícil que volviera a levantarme. Seguían las visitas a hospitales, consultas con varios especialistas; pero ninguno daba una respuesta satisfactoria a mi problema. Me llegaron a tomar diferentes videos porque era un caso muy extraño.

Continuaba en mis terapias con la esperanza de encontrar una mejoría. Ahora eran mucho más dolorosas porque al tratar de abrirme los dedos sentía mucho dolor en todo el brazo. Recuerdo que me daban algo para que mordiera ya que mis gritos eran insoportables. Lloraba, y en esos momentos decía: “Señor, ya no quiero tener más dolor, ayúdame por favor.” Sabía que Él estaba allí aunque las circunstancias me indicaran lo contrario.

Al tener mis manos así tuve que ingresar a un plan de terapia ocupacional. Mi horario era mucho más extenso y agotador. Me trataban de ayudar con diferentes métodos de terapia, pero ninguno daba resultado. Mis manos permanecían cerradas, el movimiento continuaba sin parar, y mis fuerzas iban disminuyendo. Me habían dicho que si mis manos seguían en esas condiciones con el tiempo las podía perder. Utilizaba unos conos para evitar que se cerraran del todo.

Con toda esta situación el Señor me estaba enseñando que su tiempo no es el nuestro. Él jamás llega tarde aunque parezca lo contrario. Mi familia y yo teníamos que poner nuestra fe en práctica y no desmayar, apoyarnos los unos a los otros, y seguir mirando hacia adelante con la esperanza de que había una salida aunque las circunstancias indicaran lo contrario.

Empecé a valorar todo lo que sucedía a mí alrededor. Muchas veces no nos damos cuenta de las bendiciones que el Señor nos da a diario; pensamos que todo lo merecemos, pero hay que detenerse y dar gracias.

No me había percatado, que sólo el hecho de levantarse cada mañana y caminar era un privilegio, un regalo de parte de Dios. Ahora me encontraba en una silla de ruedas. Desde allí mi mundo era diferente; podía reflexionar sobre cada detalle y, sin darme cuenta, estaba ayudando a la fe de las personas que me rodeaban. Frente a la adversidad en la que estaba viviendo, encontraba un beneficio para mi vida, ya que estaba creciendo mi fe.

Querido lector:

Cuando estamos conscientes de nuestra debilidad y permitimos que Dios nos llene de su poder, llegamos a ser mucho más fuertes de lo que pudimos haber sido antes, cuando dependíamos de nosotros mismos. Dios no quiere que seamos débiles. En la vida se nos presentan circunstancias inesperadas, impedimentos, y problemas. Cuando estos obstáculos vienen, debemos depender de Dios. Sólo su poder nos hace efectivos para Él y tiene valor perdurable.

En Juan, capítulo 11, vemos un ejemplo claro de cuando las cosas no son como queremos sino como quiere Dios. Este pasaje nos habla sobre la muerte de Lázaro. Lázaro estaba enfermo y sus hermanas mandaron llamar a Jesús, diciendo: *“Señor, el que amas está enfermo.”* Jesús, al ir adonde ellas, dijo: *“Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.”* El Señor llegó cuatro días después de que Lázaro hubiera muerto. Pero Dios se glorificó en Lázaro al resucitarlo, devolviéndole la vida. Debemos tener presente siempre que para Dios nada es imposible, y que nunca llega tarde.

4

De mal en peor

Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas.

Josué 1:9

La situación seguía complicándose cada vez más. Un día estaba con mi tía en el Centro de Rehabilitación recibiendo mi terapia y me puse muy mal; quedé en un estado en que no podía reconocer a nadie. Tuvieron que sacarme de allí en ambulancia para un hospital, donde estuve varios días. Los médicos comenzaron a darme varios medicamentos para tratar de controlar el movimiento, pero sin resultado alguno.

Al encontrarme en este estado, venían a mi mente recuerdos de mi niñez; cosas que me encantaba hacer en el verano. Los paseos con mi padre y mi hermana Amuy al río, nuestras caminatas en la playa, nuestras tardes de juegos. Recordaba las veces que salía con mi bicicleta, y mi madre siempre me decía: “Nadhy, cuidado con los autos.” Ella se encontraba en una silla de ruedas, pero era como si caminara. Su condición no impidió que tuviéramos una infancia feliz. Mi madre era muy jovial y chistosa. Siempre nos hacía reír, y nos daba buenos consejos.

Extrañaba cuando una vez al año nos íbamos toda la familia a la provincia de Chiriquí, a seis horas de distancia de donde vivo, lugar de agradable clima, donde me divertía con las expediciones que inventaba mi padre. Este lugar tenía unas cabañas desde donde se escuchaba el sonido del río y el movimiento de los árboles cuando soplabla una suave brisa.

Amuy y yo todas las tardes íbamos a ordeñar las vacas, esto era una aventura para nosotras. Recolectábamos café y terminábamos nuestras jornadas con los cuentos de un abuelo, oriundo del lugar, que todas las

noches se sentaba a contarnos sus historias. Todos estos pasajes de mi vida permanecían allí, y soñaba con ellos. En medio de mi dolor me consolaba con los recuerdos de mi infancia.

Mi vida comenzaba a depender mucho más de Dios. Los médicos no daban una solución a mi problema, y ya se habían empleado todos los recursos disponibles. Una noche, estando en mi cama del hospital, lloré y le pregunté al Señor cuándo terminaría aquella situación. Le pedí de favor que me diera una señal de su presencia, pero Dios se mantenía en silencio. Aun así sabía que Él estaba allí.

Muchas personas se alejaron de mi lado; llegó un momento en que “mis amigos” ya no estaban. Comprobé, una vez más, que Jesucristo es nuestro amigo fiel.

Una noche tuve un sueño. Estaba yo en la silla de ruedas, con el movimiento involuntario de las piernas y mis manos cerradas; llegaba a un templo donde había mucha gente. Allí mis manos se abrieron y el movimiento terminó. Al salir de ese lugar me vi rodeada de flores amarillas. Al despertar decía: “¿Dónde es esto? No entiendo cómo va a suceder. ¿Cuándo llegaré allí? ¿Solo fue un sueño?” Llamé a mi mamá y le conté lo sucedido. Mi madre quedó en silencio y luego me dijo: “Hija, hay que orar. Dios tiene el control de todo; sólo debemos confiar.”

Ella era muy paciente conmigo y me daba la comida, ya que había perdido la coordinación para llevarme mis manos a la boca. Esto era muy difícil para mí, pues desde pequeña era muy independiente. Pude apreciar que hasta esta acción de llevarse la comida a la boca es un privilegio, una bendición.

Asimismo encontré muchas barreras físicas y sociales. Dejé de ir a mis lugares favoritos porque no había acceso para la silla de ruedas. En esa situación estaba también mi madre. Muchos le decían a mi padre: “Marcos, ¿cómo puedes soportar esto? Tu esposa y ahora tu hija en una silla de ruedas.” Él les decía: “Yo sé en quien he creído, mi Dios es la fortaleza de mi hogar; soy feliz con lo que Él me ha dado. No cambiaría mi vida por nada del mundo.”

Era una prueba dura para todos, pero en medio de tanto dolor, teníamos paz y confianza que las cosas iban a cambiar.

Querido lector:

La vida es como una carrera en la cual se nos presentan obstáculos. Podemos desanimarnos o verlos como retos que nos ayudan a crecer. Lo que Dios dijo a Josué me ayudó y me animó: *“Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas.”* Al leer esto me llenaba de valor para continuar. Comprendía que tenía que esforzarme, seguir adelante, y nunca rendirme a pesar de mi situación. Dios es misericordioso y está siempre presto a levantarnos cuando caemos. Él nos ama demasiado para dejarnos andar por la vida solos.

Te invito a que reflexiones sobre tu vida y cuánto el Señor te ha dado hasta este momento. ¿Dónde te tiene? ¿De dónde te ha sacado? ¿Qué has hecho tú por Él? Allí donde estás, dale gracias, cualquiera que sea tu situación. Él está esperando que lo busques de corazón. Dios tiene un propósito para ti. Sigue adelante, no desmayes en el tiempo de la prueba. ¡Para nuestro Señor eres lo mejor!

En busca de una solución

*Clama a mí, y yo te responderé,
y te enseñaré cosas grandes y ocultas
que tú no conoces.*

Jeremías 33:3

Mis padres, preocupados por la situación, seguían llevándome a distintos especialistas, y ninguno daba una esperanza de mejoría. Hacían distintas promesas, pero al final desechaban el caso por no obtener un resultado, y la situación seguía complicándose.

El neurólogo Carlos Briceño empezó a atenderme. Él les dijo a mis padres: “Es un caso extraño, único; pero recomiendo que se busquen una segunda opinión fuera de Panamá.” Por medio de este médico y la terapeuta que me atendía en el Centro de Rehabilitación, se concertó una cita con uno de los mejores especialistas en movimientos involuntarios en los Estados Unidos, en el Hospital Metodista de Houston, Texas. La cita estaba programada para el diez de noviembre de ese año. Teníamos que esperar cuatro meses.

Había esperanza de que hubiera una solución. Mientras, continuaba con las terapias, que no dejaban de ser muy dolorosas. Me amarraban en una mesa de estabilidad para ponerme de pie, con el movimiento interminable de manos y pies. Duraba casi cuatro horas diarias. En muchas ocasiones Dios puso personas en mi camino para animarme, personas que nunca más he vuelto a ver, pero que de cierta forma dejaron huellas en mi vida.

A los quince años tenía un anhelo muy diferente al que tiene cualquier quinceañera; mi mayor deseo era verme de pie y caminar nuevamente. Cada noche al acostarme, me dormía con la esperanza de que el día

siguiente fuera a ser mejor. Al cerrar mis ojos por un instante, me veía corriendo y disfrutando de las cosas que permanecían en mi recuerdo. Sin embargo, la realidad era otra.

Tenía que luchar para alcanzar ese sueño. Aunque todos me decían que era un imposible, que no había cura, muy dentro de mí pensaba: “Nadhy, esto no puede ser cierto. Antes de que termine este año las cosas van a mejorar.”

A pesar del estado que me encontraba, continuaba con mis estudios. Asistía al colegio en la silla de ruedas, aunque esto no era fácil para mí. Algunos de mis compañeros se reían, no les interesaba lo que sucedía a su alrededor; otros se compadecían, pero yo deseaba estudiar y no hacía caso a lo que ellos pensaran o dijeran. Con la ayuda de mi madre y mi hermana podía leerme los libros; ellas me pasaban las páginas y así aprendía las clases. En el colegio me hacían exámenes orales.

La dirección del colegio y los profesores se solidarizaron con el problema, me hicieron horarios especiales para que pudiera cumplir con mis citas médicas y terapias físicas, única alternativa para evitar complicaciones.

En las noches, las lágrimas corrían por mi rostro porque cada día me sentía peor. Mi mente se unía a mi corazón para clamarle a mi Dios. Sólo Él comprendía mi sufrimiento, mi aflicción, y mi cansancio. Sin embargo, le daba gracias a Dios por tenerme con vida, y muchas veces la alabanza y la oración eran mi consuelo. Esto hacía que la fortaleza y la paz fluyeran dentro de mí.

Hay muchas razones por las que podemos alabar, honrar, y bendecir el nombre de nuestro Señor. No sólo debe ser en los momentos buenos de nuestra vida, sino también, y mucho más, en los tiempos de prueba.

En mis momentos a solas decía: “¡Señor, toma el control! ¡Sé que eres fiel! ¡Sólo tú puedes darme consuelo y aliviar mi dolor! ¡Confío y espero en ti! Señor, no hay casualidades. ¿Qué quieres de mí? ¿Quieres que dependa por completo de ti? ¿Tengo que seguir esperando?”

Me preguntaba cómo iba a terminar esta situación. En lo más profundo de mi corazón había diversidad de sentimientos; ni mi familia, ni los médicos podían hacer algo por mí. Tenía muchas interrogantes, pero comprendía que no era casualidad mi sufrimiento. Estaba aprendiendo a contentarme con lo que Dios me daba; a sonreír en medio del dolor, con la esperanza de que algún día todo cambiara.

Querido lector:

Dios no puede mentir. Él siempre cumple sus promesas; conoce lo más íntimo de nuestro corazón. Puedes estar convencido de que su Santo Espíritu que mora en nosotros sabe cuál es tu necesidad. Él escucha tu clamor y con gemidos indecibles intercede delante del Padre. Medita en las palabras de Jeremías:

*“Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes
y ocultas que tú no conoces.”*

Dios está listo para contestar tu oración, pero tienes que acudir a Él. Dios le prometió a Jeremías que si él clamaba, le contestaría. Cuando nosotros clamamos y nos humillamos, reconocemos que con nuestras propias fuerzas no podemos y que el socorro viene de lo alto. ¡Confía sin reservas en nuestro todopoderoso Dios!